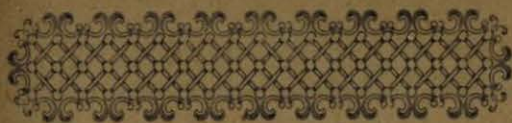


su propia vida las naciones del Nuevo Mundo destinadas á renovar la historia con sus ideas y á embellecer é iluminar nuestro planeta con su vívida luz.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el 8 de Junio de 1879.)



XLVIII

NO acabara nunca, si dijera cuántas grandezas poéticas, dignas de equipararse con sus grandezas industriales, encierra este siglo nuestro, rico y vasto como el mar, que contiene algas y esponjas, corales y perlas, detritus de organismos destruidos y gelatinas donde se encierra el germen de nuevos organismos. Así el empeño de cuantos aman á la patria con amor desinteresado y puro, debe ser bañarla en las aguas fortificantes del espíritu moderno, que robustecen y purifican, dando libertad al pensamiento, salud y energía al cuerpo. ¡Oh! para crecer las naciones necesitan servir á las ideas. ¿Y qué idea superior á las fundamentales y características de este nuestro

tiempo? Acerquemos á ellas nuestra gran nación. España no puede dolerse de la parte que, en la distribución de sus dones, hanle de consuno reservado la Providencia y la naturaleza. La estrella de la tarde, la esposa del sol, guarecida por sus cordilleras, besada de dos mares que la ciñen á porfía con sus ondas y con sus espumas, abierta por sus amigas playas y sus seguros puertos á todas las naves del mundo; tan verde, tan húmeda, tan blanda como Escocia, en sus provincias del Norte, y tan ardiente, tan bella, tan luminosa como Italia, en sus provincias del Mediodía: idilio helvético su Noroeste, donde las altas montañas compiten con las serenas rías, juntándose los picachos y los valles, los nidos de los ruiseñores y los nidos de las águilas; epopeya semítica el Sudeste, con sus arenales que el simoun abrasa y sus oasis que el azahar perfuma; paleta de mil colores sus costas mediterráneas, de arenas rojas y áureas esmaltadas por aguas celestes, de llanuras ceñidas por montañas que tiran á color de zafiro y por asiáticos palmerales, bordadas y griegas adelfas; fecundo el suelo, como pocos, en toda especie de frutos

y rico el subsuelo, como ninguno, en toda especie de minerales; cercana al Africa, cuyos vientos, si encienden sobremanera sus veranos, también dulcifican sus inviernos; unida á América por esa cadena de islas, que empieza en Gades y concluye en Cuba, pasando por aquellas felices que debieron guardar la Atlántida de Platón; nuestra tierra reúne en Europa todos los productos y todos los climas europeos, como en el cuerpo reúne el cerebro todas las raíces de la vida; y por tanto, eterna su grandeza, recordará el antiguo influjo, eclipsado, pero no anochecido, y vendrá á traer en la futura historia la reconciliación á todas las razas, y vendrá á ser en los futuros tiempos la mediadora universal entre todos los continentes.

No conozco escuela de virtud como el hogar; ni conozco hogar como el hogar español, que parezca al igual nido y templo; ni familia como la familia española, que acierte en tanto grado á unir el amor más efusivo con el respeto más supersticioso. Bien es verdad que lo han formado y lo han bendecido nuestras mujeres, no tan de admirar y de querer por su hermosura incom-

parable, como por sus virtudes y calidades de amantísimas esposas y pródidas y santas madres. Así el ideal podrá desaparecer de todas las conciencias, pero siempre quedará en la conciencia española; el arte podrá enmudecer en todos los horizontes, pero siempre cantará en nuestros caldeados horizontes; la vida dramática podrá destruirse bajo los cilindros de la industria en toda Europa y no se destruirá en la tierra nativa del drama; la fe dejará de latir en todos los pechos, cuando todavía engendre aquí legiones de héroes y de mártires poseídos de la sed del sacrificio y enamorados rendidamente de la muerte. Así habrá siempre un arte español de inextinguible gloria, en armonía con nuestro íntimo natural y nuestro carácter histórico. No me habléis de esas sabias combinaciones músicas, con que el talento matemático de los artistas del Norte concuerda tantos tonos discordes y combina tan bien instrumentos diversos en sus maravillosas sinfonías; hijo de mi patria y de mi raza, con los oídos organizados como el heleno antiguo y el moderno semita, solamente alcanzo á comprender la melodía, monótona y uniforme si que-

reís, semejante al sonido del aire en los desiertos, al eco de las ondas en las playas, á los trenos del profeta en Jerusalén y á los acentos de la guzla en la tienda; sí, la melodía llamada malagueña, polo, playera, saeta, que canta las tristezas y los deliquios de un amor inefable, el cual cree corta la vida para su duración, estrecho el Universo á su grandeza, y desea, en el dolor engendrado por el combate entre el sentimiento y su expresión, explayarse allá en los espacios necesarios á su intensidad inmortal, allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno. Y no me digáis que se sabe bailar casta y noblemente allí donde no baila el pueblo al son de esa jota, que enardece la sangre y da el vértigo de los rápidos y contenidos movimientos; al son de esa muñeira y de ese zortzico que recoge los ecos de la zampoña en las majadas y en los oteros como ninguna otra égloga; al son de esa guitarra, acompañada por las palmas y las castañuelas, que despierta á la andaluz de su natural soñarrera, y la lanza sobre la mesa, en que campean las cañas rebosantes de manzanilla y Jerez, á bailar, echada hacia atrás la cabeza, alzados los brazos al cielo,

extáticos los negros ojos que abrasan, ligeros los breves pies como el aire, á bailar uno de esos jaleos, á cuyas cadencias y estremecimientos suspenden allá arriba, de celos y de envidia aquejadas, sus parabólicas y eternas danzas las estrellas.

Y lo que digo del baile y de la música, digo también de nuestras artes plásticas. Enseñadme espacio del planeta donde se combinen el bizantino con el sirio como aquí en España; y entre las ruinas romanas se vean los ajimeces asiáticos; y al través de la ojiva que recuerda las cruzadas el arco de herradura que recuerda á los Califas; y junto á las torres bermejas y sus estancias de estalactitas empapadas en mil colores se alcen las agujas góticas exhalando religiosas plegarias; y el Oriente unido con el Occidente produzca nada tan original como los edificios mudejares; y la ornamentación sobrepueta á las líneas casi helénicas, haya dado cosa que se parezca ni de lejos á nuestro plateresco; y desde las iglesias románicas de Asturias, donde los cinceles rudos apenas bastan las piedras groseras, á los patios árabes de Sevilla, donde al través del alica-

tado y de la alharaca, se ve y se oye el surtidor cayendo en la alberca de mármol; recorra la imaginación una arquitectura más varia y más hermosa en sus opuestas manifestaciones, que esta arquitectura española, verdadero ornato de nuestro territorio, esculpido y cincelado por todas las artes á porfía como uno de aquellos áureos escudos, obras predilectas del deslumbrador Renacimiento. Y hemos poblado la majestad de tales edificios con las estatuas de Montañés, de Cano, de Zarcillo; y hemos cincelado sus paredes con las guirnaldas que tejían sobre las piedras los buriles de Berruguete y de Borgoña.

Mas, en el género en que ostentamos originalidad tal que nadie puede disputárnosla con derecho, es en la pintura. Nuestro natural independiente nos ha preservado de las imitaciones artificiosas y nuestro sentido de la realidad nos ha impedido caer en lo convencional y amanerado. Nosotros competimos en belleza con Florencia y Roma, en verdad con Holanda y Alemania, en color con Florencia y Flandes, en idealismo con Asis y Pisa, aventajando quizá á todos por

la nativa y diversa genialidad de nuestros pintores, tan rebeldes á las tiranías de la escuela, como nuestros mismos inmortales dramáticos. ¿Sabéis de alguna decadencia duradera en ese divino arte español? Cuando el saco de Roma dispersó á los discípulos de Rafael y la muerte de la república florentina hirió en el corazón á Buonarroti, en aquel comienzo de la noche, la hermosura perfecta renació, no por los palacios de Mantua, donde Julio Romano, desposeído de su numen tutelar, tocaba en lo hiperbólico y en lo extravagante, sino por las iglesias de Valencia, donde surgían de la paleta de Juan de Juanes aquellos Salvadores descendidos del Tabor á sus tablas, despidiendo luz espiritual como la que pudieran soñar los místicos en sus deliquios, y encerrados en líneas como las que pudieran trazar los escultores clásicos en los bajos relieves antiguos. Cuando la imitación servil, los procedimientos arbitrarios, la mezcla de escuelas opuestas, la falta de fe en el helenismo y en el cristianismo, en la religión de la hermosura y en la religión de la verdad, creó la sincretica escuela de Bolonia, herida por irremediable

decadencia, como todos los géneros híbridos, salieron de nuestros talleres en tropel aquellos apuestos caballeros y lujosas damas de Sánchez Coello, en cuyas frentes resplandecían las señales de la gloria nacional y en cuyos labios sonaban los versos de Lope y de Herrera; aquellos jinetes y sus caballos dando al vientecillo arrebolado del Guadarrama, crines, plumas y bandas con tal arte, que las sentís crujir en vuestro oído; aquellos cíclopes presos en sus cavernas, cuyos desnudos han robado á la naturaleza los secretos de la encarnación y del organismo; aquellos bufones, tan grotescos y ridículos, como caballeros y gentiles hombres los vencedores de Breda, capaces de recoger los trofeos de la victoria sin humillar la dignidad de los vencidos; todas aquellas figuras, reproducciones milagrosas de la realidad misma sobrepujada por el arte, respirando en atmósfera tan verdadera y luminosa, que os entraríais por los cuadros á recoger en vuestra retina los cambiantes de la luz y en vuestros pulmones los soplos del aire; y sobre este universo de tantas formas y de tantos matices, como el cielo estrellado sobre la

tierra vivida, en nubes enrojecidas por las reverberaciones del sol sobre las aguas del Guadalquivir, entre coros de arcángeles y serafines que llueven rosas y agitan palmas, calzada por la luna, vestida del immaculado candor y envuelta en el cerúleo manto, á los pies la culebra del mal herida y en las sienes los resplandores de la luz increada, extáticos los ojos como embebidos en la gloria y alzando el pecho como para recoger y respirar la palabra creadora, va la virgen de Murillo, como divino arquetipo, en cuyo casto seno renace la hermosura sin sombras del paraíso y recobra la mísera humanidad ya sin pecado su primitiva é inmaculada inocencia. La ecuación establecida en nuestra pintura entre la naturalidad y la idealidad resulta de tal suerte íntima, que parece toda una estética en acción, superior, bajo mil aspectos, á un género especialísimo y concreto del arte. Y á la superioridad de esa estética atribuyo que ni la decadencia de la escuela bolonesa y napolitana imperantes en todo el siglo decimoséptimo, ni la decadencia universal del siglo último, hayan podido contagiar á la escuela española. Así, mientras los pintores

mas eminentes, corrompidos y contagiados de pésimo gusto, á una se malogran por su falso colorido y su servidumbre convencional, aragonés egregio, dotado de la gracia y de la naturalidad celtibéricas, al par que de creadora fantasía, esboza en imperecederas aguas fuertes las ideas de su tiempo, indecisas como las sombras de su lápiz, y traza las figuras que pasan por su retina, abriendo á aquel pueblo, que á primera vista decaído emprendió la guerra de la Independencia, los cielos del arte y los infiernos á la proterva corte que nos manchó con sus liviandades y nos vendió como un hato de ganado, por la codicia vil de un favorito, ó la devastadora ambición de un extranjero. No, no decae la pintura española, como no decae el ingenio nacional, que puede hincharse unas veces, perderse en retruécanos otras, pero jamás extinguirse por completo.

Bien es verdad que nuestra poesía se parece á nuestra pintura en su originalidad, en su independencia, en su menosprecio de las reglas convencionales, en su carácter romántico. Así tiene tres obras colosales: el Romancero, el primer poema épico de los tiem-

pos modernos; el Quijote, la primer novela; y los Dramas incomparables, que constituyen el primero, sin duda alguna, entre todos los teatros del mundo. Y no tenemos solamente aptitudes artísticas y poéticas, tenemos también, diga lo que quiera una crítica superficial, grandes aptitudes científicas, reveladas al mundo desde los comienzos mismos de nuestra inmortal historia. Principiaba el imperio romano, y la ciencia española constituía la moral práctica, cuyos preceptos se confunden casi con los preceptos evangélicos, por ser los días del espíritu á semejanza de esos días boreales, que ven los crepúsculos vespertinos y matutinos mezclarse en los mismos resplandores. Sucumbía la civilización latina, y entre las irrupciones alzábanse dos monumentos imperecederos, los dos nuestros, á saber, un código sintético, el Fuero Juzgo, y un libro enciclopédico, las Etimologías de San Isidoro; por todo lo cual nos pertenece en dominio directo y absoluto la ciencia entera de aquellos perturbados tiempos. Y más tarde, entre las guerras del feudalismo, bajo los terrores milenarios, cubierto el mar de piratas y de bandidos la tierra,

apagadas las pavesas de las ideas por la pesadumbre de las ruinas, la ciencia anocheciera sin las ciudades españolas, que levantaban sus academias entre las tinieblas y recogían la antorcha apagada en las manos de Atenas, de Alejandría y de Roma. Nuestros andaluces enseñaron á la entonces bárbara Europa la mecánica y la hidráulica; dieron al cálculo así la adelantada numeración india, que substituyó á la pobre numeración latina, como el álgebra que amplió la matemática; trocaron el sayal de penitencia pegado á las maceradas carnes monásticas por el limpio y fresco algodón; extendieron en el siglo noveno, en aquella obscuridad, la topografía y la estadística; conocieron en el cielo ya las manchas del sol, tan instructivas para los estudios astronómicos, y en la tierra las clasificaciones mineralógicas y zoológicas y botánicas, tan necesarias á los progresos del saber; sacaron de las retortas, no la piedra filosofal en vano buscada, algo más precioso, las aplicaciones de la química á la medicina; manejaron el bisturí con tal arte, que bien puede llamárseles sin exageración los fundadores de la cirugía; pusieron los globos te-

rrestres y las esferas armilares y los astrolabios y las clepsidras en las escuelas, y completaron los relojes añadiéndoles el péndulo, cuyas oscilaciones habían de notar más tarde las sinfonías de los mundos y las afinidades y los amores de la atracción; construyeron los primeros observatorios astronómicos en torres tan gallardas como la Giralda bética, y revelaron la refracción de la luz en nuestra atmósfera por medio de observaciones profundísimas; trajeron las bases de la óptica moderna, y siglos antes de las experiencias de Torricelli, adivinaron la gravedad del aire y las diversas densidades de sus alturas; impulsaron no solamente la ciencia de las estrellas sino también la ciencia de las ideas, esparciendo en Provenza, en Toscana, en Sicilia, en los templos del pensamiento, aquella filosofía, por cuyos cánones vivió y se amaestró la Edad Media. Las gentes de los más remotos climas vinieron á nuestras universidades; los astrónomos de las más varias naciones calcularon por las tablas alfonsinas y admitieron el meridiano de Toledo; una prosa sabia, en la cual se escribieron obras magnas como las Partidas, fijóse antes que

se fijaran la prosa italiana, francesa y británica; las ideas todas del siglo décimocuarto refluieron á la mente de Lulio, cima á la sazón del mundo intelectual, cima que da vértigos; antes de Bacon llamaba Vives el entendimiento á la experiencia contra las abstracciones y arbitrariedades escolásticas; al par de Descartes buscaba Pereira las bases incommovibles de la certidumbre psicológica; precediendo á Harvey, descubría Servet la circulación de la sangre, casi al mismo tiempo que nuestros navegantes completaban la vida planetaria con sus invenciones de continentes y archipiélagos, las cuales evocaban nuevos edenes, nuevos hemisferios, nuevos astros, nuevas constelaciones, en los inmensos espacios del cielo y florescencia universal en los profundos senos de la tierra.

Á estos admirables timbres aun reuniremos otros mayores el día que pongamos todas nuestras virtudes á servicio de lo único que puede avivar hoy el ánimo de las naciones, á servicio del espíritu moderno. Como alternan los vientos ardentísimos y fríos en nuestras estaciones; como resaltan las sombras y la luz en nuestros horizontes; de igual

suerte suelen sucederse cambios en nuestros destinos y tránsitos de edades prócelosas y tristes á edades afortunadas y serenas. Más amigos del combate que del trabajo; más confiados en los favores de la fortuna que en las acumulaciones del ahorro; difíciles á los rigores de la disciplina social y fáciles á los llamamientos de las aventuras fabulosas con tal que las cohoneste y las justifique el valor; poco previsores en los negocios públicos y en los particulares; apasionados y entusiastas por extremo; creyentes, y como tales, si inaccesibles á la duda, nada duchos en el examen prolijo de las ideas y de las cosas; á cambio de esto, reunimos aptitudes cual ningún otro pueblo; reunimos á la vehemencia la constancia; á la viveza del sentimiento la energía de la voluntad; á las más profundas convicciones respecto de la fundamental igualdad humana los puntos de honor congénitos con nuestra altivez y dignidad nativas; á los instintos democráticos, los instintos caballerescos; á la independencia personal, afecto devotísimo, por la patria; á la lucidez de la inteligencia, tan extensa como perspicua, el brillo de la fantasía, tan po-

derosa como fecunda; á la intuición soberana, el carácter reflexivo; á los arrebatos y á los impulsos, la resistencia, el menosprecio por los intereses de un día, la inclinación al sacrificio; al ardor de la sangre meridional, la frugalidad más austera; á cierta complexión de penitentes, y á un orgullo que no mide los obstáculos, como en el esplendor de nuestra atmósfera luminosa apenas pueden medirse las distancias, y á un idealismo tan etéreo que mantiene nuestra aptitud para todo, hasta en medio de todas las decadencias, incontrastables aspiraciones á lo extraordinario, aunque raye en lo imposible, y necesidades continuas del drama, hasta en la vida vulgar y del esfuerzo aunque sea en la guerra: calidades, las cuales, en medio de los adelantos de su industria y de su política y de sus riquezas, exigirá y necesitará Europa algún día para enardecer en el sentimiento su corazón algo aterido, y caldear su razón, sobrado positiva, en las virtudes que suscita la fe y que conservan el entusiasmo y el amor, esos generadores de todas las sublimes y duraderas grandezas.

Así España ha cansado á la historia. Ni la

captó el cartaginés, sino después de haber salvado su honor en las llamas de Sagunto; ni la venció el romano, sino después de un combate que durara centurias, cuando dos batallas bastaban para descorazonar á los heroicos galos que subieran al Capitolio y mesaran las barbas de los senadores, y un paseo para sojuzgar á los pictos y á los britanos. Nuestros fuertes cántabros preferían el suicidio en las amargas ondas, á testificar con su terrible presencia, en la vía-sacra, el cautiverio y la derrota; y nuestros cultos andaluces vencían á los vencedores del orbe, dándoles sus primeros Césares, sus primeros filósofos, sus primeros dramáticos y sus primeros épicos. Sintética como nuestra tierra, nuestra raza unió antes que ninguna otra los residuos de la cultura latina con la sangre de la gente goda y la severa idealidad católica con los sensuales estros del Oriente. Cada provincia escribió una epopeya: si Cantabria detuvo á los romanos, Asturias á los árabes, Galicia á los normandos, Navarra á los francos; y las gentes que bajaban del Pirineo calzadas con toscas abarcas, y los mercaderes que anudaban el comercio moderno en

Barcelona, dilatáronse por el Ebro, por cuyas frescas riberas combatían y trabajaban, dilatáronse por el Mediterráneo y sometieron mil regiones célebres por su vieja historia, mientras las gentes de Andalucía y Extremadura se dilataron por el Océano y dieron á la tierra nuevos mundos. El planeta entero guarda por todas partes testimonios, como del fuego creador, del genio español. Sin desconocer nuestras deplorables empresas contra gran parte de los progresos modernos; sin olvidar la guerra insensata declarada por nosotros á la más necesaria de todas las libertades, á la libertad de conciencia; maldiciendo y abominando, con toda nuestra alma, de la inquisición y del absolutismo, capaces de agotar fuerzas tan gigantes como las fuerzas de nuestra raza, debemos decir que, á pesar de tales errores, dejamos en todas partes testimonio de nuestra nativa grandeza. No podéis ir á la cuna del sol sin hallar la estela de las naves lusitanas, ni al ocaso del sol sin encontrar la estela de las naves españolas; pues sin exageración puede decirse que la Península ibérica ha redondeado el planeta y ceñído,

como de un zodiaco indeleble, con la guirnalda de sus hazañas y de sus glorias. Los árboles de la India asiática murmuran las estancias de Camoens y las ondas del Cabo de las Tormentas el nombre de Gama; los fuertes legionarios que acampan á las orillas del Danubio por las llanuras de Rumania, aquellos legionarios de Trajano, cuyos féreos pechos opusieron como vivas murallas tanta resistencia á las irrupciones bárbaras, consagran religioso culto á su patria, Sevilla, y suspiran por el Guadalquivir, el río de sus padres; la hermosa Grecia no puede olvidar que, en la Edad Media, supimos defenderla contra sus enemigos con las huestes catalanas y aragonesas, mientras que en la Edad Moderna despertarla al combate por su independenciam con la voz tonante de nuestras revoluciones; la prestigiosa Constantinopla sabe que la espada de los guerreros españoles flameó sobre sus cúpulas y detuvo por un siglo la media luna ante la cruz de Constantino, y las misteriosas Anatolia y Armenia ostentan las barras grabadas en sus riscos por el buril inmortal de la victoria; dice la isla que oyó el pensamiento

de Pitágoras y el cántico de Teócrito, cómo vivió feliz y libre bajo nuestro techo cinco siglos, y cuenta la sirena del Tirreno, la helénica Partenophe, en sus playas resonantes, cómo le dimos la salud con los trabajos hercúleos que disecaron sus pestilentes lagunas, y la libertad con las batallas sangrientas que destruyeron á los tiranos angevinos; por los muelles de Venecia se ven á la luz del cielo, reverberado por las aguas del Adriático, en los brillantísimos cuadros, donde cruje la seda y brilla el tisú, entre los patricios republicanos, á los héroes de Lepanto, y por las anchas y marmóreas escaleras del palacio de Andrea Doria, en Génova, tan española por su carácter como por sus recuerdos, al través de las florestas, las velas y los gallardetes de nuestras escuadras; Túnez, Trípoli, Orán, Argel, guardan memoria de nuestro esfuerzo, como Tánger, Ceuta, Tetuán, blasones de nuestras coronas; el mundo americano murmura que los españoles tuvieron la revelación de su ignorada existencia y exploraron ríos como el Amazonas y el Mississipi, y subieron á cordilleras como los Andes, y confiaron por vez

primera el nombre de su Criador á las selvas, cuyos árboles parecían pertenecer á los primeros días de la creación, y fundaron esos coros de ciudades extendidos desde la Carolina y la Virginia hasta Chile y el Perú; las aguas del Pacífico publican que la nave *Victoria* surcó por vez primera sus senos; que el estrecho de Magallanes en la tierra y la cruz de Magallanes en el cielo, designan y califican eternamente el hemisferio austral; que nuestras manos, las manos de los portugueses y de los españoles unidas de India á India, redondearon el planeta, y que nuestros pilotos dieron por vez primera la vuelta al mundo y circunnavegaron los mares; hazañas las cuales despiertan este amor exaltado á la patria, esta furia en defenderla contra toda agresión, de tal suerte sublime y heroica, que doquier se combate por el hogar y la familia, por los dioses lares y la independencia nacional, los griegos en Misolhongui, los rusos en Moscou, los polacos en Varsovia, los franceses en París, los venecianos entre las bombas austriacas, los búlgaros bajo el turco alfanje, pronuncian como un numen el nombre de España, y se

evoca como un talismán la sombra de Zaragoza y de Gerona, para alentar á los héroes en sus terribles combates y consolar á los mártires en sus cruentos sacrificios.

Pero sobre todas nuestras creaciones se levanta la creación por excelencia del ingenio español, se levanta nuestra lengua. De varias y entrelazadas raíces; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan místicas que abren el sentir á la adivinación de las palabras antes de saberlas; dulce como la melodía más suave y retumbante como el trueno más atronador; enfática, hasta el punto de que sólo en ella puede hablarse dignamente de las cosas sobrenaturales y familiar hasta el punto de que ninguna otra le ha sacado ventaja en lo gracioso y en lo picaresco; tan proporcionada en la distribución de las vocales y de las consonantes, que no ha menester ni los ahuecamientos de voz exigidos por ciertos pueblos del Mediodía ni los redobles de pronunciación exigidos á los labios y á los dientes del Norte; libre en su sintaxis de tantas combinaciones que cada autor puede procurarse un estilo propio y original sin daño del conjunto; uni-

ca en su formación, pues sobre el fondo latino y las ramificaciones celtas é iberas ha puesto el germano algunas de sus voces, el griego alguno de sus esmaltes y el hebreo y el árabe tales alicatados y guirnaldas, que la hacen sin duda alguna la lengua más propia, tanto para lo natural como para lo religioso, la lengua que más se presta á los varios tonos y matices de la elocuencia moderna, la lengua que posee mayor copia de palabras con que responder á la copia de las ideas; verbo de un espíritu, que si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz más clara en lo porvenir, puesto que no sólo tendrá este territorio y estas nuestras gentes, sino allende los mares, territorios vastísimos y pueblos libres é independientes, unidos con nosotros así por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las más íntimas y más espirituales del habla y del pensamiento, cuya virtud nos obligaría ciertamente á continuar en el Viejo y en el Nuevo Mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosísima historia. Señores académicos, creedlo, no puede ejercerse ministerio más patriótico que el ministerio de

velar por la pureza de nuestra lengua. Cuanto más vivimos, señores, más nos penetramos de que la sociedad y la naturaleza componen sus armonías de sus contradicciones. Como se necesitan la atracción y la repulsión en los mundos, el flujo y el reflujo en los mares; como se necesitan fuerzas que produzcan lo general, las especies, y fuerzas que produzcan lo particular, los individuos; como se necesitan y se completan la unidad y la variedad en el arte, necesitan y completan las instituciones indispensables á la conservación y las instituciones indispensables al adelanto de las sociedades humanas. Nosotros, como academia, somos instituto de conservación y de estabilidad. Dejemos á la espontaneidad de los individuos y á las genialidades de la inspiración personal todas las innovaciones y reduzcámonos en cuerpo á conservar incólume un habla que puede admitir el progreso moderno sin perder su natural antiguo. Hubo un tiempo en que estragada por la servil imitación francesa, parecía condenada nuestra lengua á perder la libertad de su sintaxis y la propiedad de su analogía, trocándose de rica y majestuosa,

por olvido y desuso de sus mejores voces y giros, en tosca y pobre. Mas nuestros días blasonan con justicia de un renacimiento en el culto á la lengua nacional y de una sujeción voluntaria al estudio de sus eternos modelos. Demos, pues, nosotros todas nuestras fuerzas al propósito de despertar y mantener estas buenas inclinaciones, que sacando al habla de los altos y bajos por que acaba de pasar, la pongan allá en las cumbres de la buena andanza. Divididos por nuestras creencias políticas y nuestras creencias científicas; afiliados bien ó mal de nuestro grado en bandos irreconciliables la mayor parte de nosotros; con nuestros agravios y nuestras heridas, cosecha natural de revoluciones y guerras civiles sin cuento, aun abrigamos afectos, en los cuales pueden confluír todas las vidas, entenderse todas las inteligencias, juntarse todos los corazones; aun conservamos algo que nos acerca y nos identifica, como si tuviéramos una sola alma. Todo cuanto hemos querido y todo cuanto hemos respetado en el mundo, pertenece á esta nuestra tierra. De su jugo es la sangre que corre por las venas, de su polvo la cal que

compone los huesos, de su luz el celeste resplandor que llevamos en la frente; no podríamos vivir nuestra vida lejos de sus hogares, que han recogido las lágrimas de nuestras santas madres y el suspiro de nuestros primeros amores, y no podríamos dormir el sueño de la muerte fuera de sus sepulturas, que guardando los huesos de nuestros progenitores, guardan las raíces del propio organismo; para pensar necesitamos de su lengua, y para cantar y para rezar, para explayarnos en lo infinito, huyendo de las limitaciones de esta vida contingente, sus poesías y sus plegarias; alimentamos nuestros cuerpos con los frutos de sus campos y nuestras almas con las tradiciones de su historia; por consiguiente, prometamos y juremos que nunca nos parecerá costoso ningún sacrificio hecho en aras de su grandeza, y que nunca podrá separarnos ningún suceso del común sentimiento, que á todos nos confunde en uno solo sobre este suelo sagrado, del eterno amor á nuestra patria.

He dicho.

(Última parte de su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua. 25 de Abril, 1880.)



XLIX

Yo declaro que no sentiré arrebatos de odio contra ninguno de los partidos españoles ni corresponderé con injusticias á su justicia.

Por lo que siento y he sentido siempre amor profundísimo es por la patria. Si al venir al mundo me consultan sobre la patria preferible á mi corazón, elijo á España. Todas las naciones tienen derecho al amor de sus hijos; pero sobre todas, las naciones desgraciadas. Hoy ha pasado á ser corriente, por virtud de una filosofía de la historia muy impregnada del espíritu de secta, denigrar á España y el espíritu español en la historia. Pero este pueblo, cuya antiquísima civilización alabaron los primeros historiadores y en cuya tierra pusieron el soñado Elíseo los pri-

meros poetas; este pueblo que dió al imperio romano sus genios más claros y á las irrupciones bárbaras los rudimentos de la moderna cultura; este pueblo que mantuvo la ciencia de la naturaleza cuando todas las naciones se entregaban al escolasticismo y á la magia; este pueblo que salvó á Europa con su esfuerzo indomable de la conquista africana y dió al planeta el desconocido Nuevo Mundo; este pueblo que en las aguas de Lepanto hundió la media luna de los tristes osmanlí y en las humeantes ruinas de Zaragoza y de Gerona la conquista napoleónica, que pugnaba por suprimir todas las nacionalidades europeas; este pueblo ha llevado al contingente de la cultura general tantos tributos de ideas luminosísimas y de hechos heroicos, que bien puede competir en grandeza con los primeros pueblos de la tierra y aspirar á una de las más gloriosas menciones en los anales de la historia.

(De su obra titulada *Un viaje á París*, cap. XVIII, página 209.)



L

LAMÁS se cansa el ánimo de admirar vuestra gloriosa historia. Verdaderamente, cuando se atraviesan las aguas del majestuoso río que ha dado su nombre antiguo y dará su futuro nombre á todo el pueblo ibero; y á través de las enramadas se ven á lo lejos los monumentos que ilustran y embellecen á la mayor moralmente de las ciudades modernas, á la inmortal Zaragoza; y se entra en estas montañas, de cuyos riscos fluye el río Aragón, donde templaban su sed nuestros padres, los primeros cruzados de la libertad y de la patria, reclusos en veinte leguas hace mil años para extenderse al poco tiempo en una carrera de victorias inmarcesibles desde Barcelona á Valencia,

desde Valencia á Mallorca, desde Mallorca á Cerdeña, desde Cerdeña á Sicilia, desde Sicilia á Nápoles, desde Nápoles á Atenas, desde Atenas á las puertas mismas del Asia, el corazón se dilata y entre tantas grandezas los ojos del alma ven la nación construída, no por pactos arbitrarios é inútiles, por la comunicación entre las pasadas generaciones y las presentes, con huesos de nuestros mártires, con sacrificios de nuestras ciudades, con holocaustos como vuestras grandezas, en guerras que han llevado la sangre de nuestros progenitores al centro mismo de la tierra y han hecho de esta España, nuestra santa madre, por cuya integridad, por cuya unidad, por cuya perenidad sagrada, eterna, indisoluble, darán ahora y siempre todas las generaciones su existencia, si preciso fuera, y la existencia de sus hijos; que así como no hay árbol sin raíces, no hay vida sin patria.

(De un discurso pronunciado en Huesca el día 7 de Agosto de 1881.)



LI

AUNQUE no tuviéramos otra razón de ser, tendríamos la razón de nuestro patriotismo.

¡Cuántos sentimientos en la vida! ¡Cuántas cosas en ella que no dependen ni de nuestra libertad ni de nuestro albedrío! ¡Cuántas desgracias, sí, pero también cuántos favores para los cuales no hemos hecho ningún merecimiento! Muchas veces al oír nuestras canciones populares á la luz de las estrellas en el estío, ó leer el Romancero al amor de la lumbre en las largas veladas del invierno; al ver los cuadros de nuestros grandes artistas ó las cúspides sublimes de nuestras majestuosas catedrales; al recordar los hechos históricos, cuya grandeza no cabe ni

en los bronce de la inmortalidad; al repasar las páginas de Cervantes, las escenas de Calderón, al hollar las eras de Zaragoza ó las piedras rodadas por el suelo desde los débiles muros de Gerona, heme recogido en mí mismo y he dicho, con los ojos arrasados en lágrimas, interrogando al eterno revelador de todos los misterios: «Dios mío, ¿qué habré hecho yo para ser hijo de este suelo, qué mérito había en mí antes de nacer para que me dices en la vida natural una madre tan buena, y en la vida social una patria tan grande! Tiene nuestra democracia que divinizar á la patria, como nuestra religión ha divinizado á la mujer.

Por mucho que hagamos, no agotaremos nunca los deberes nuestros con España. Sirvámosla todos desinteresadamente, unos desde el Gobierno, y otros desde la oposición, cada cual en su sitio, y estemos seguros de que hoy nos aplaudirá nuestra conciencia, y de que nos aplaudirá mañana la historia.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 14 de Noviembre de 1881.)



LII

H! ¡La patria, señores, la patria! Me suelen decir que yo hago párrafos declamatorios sobre la patria, y no se quiere reconocer que yo he hecho más que párrafos, mucho más que párrafos por la patria. Pero señores, lo digo como lo siento, es necesario que todos la divinicemos. Ya que el Sr. Ortiz de Zárate es tan católico, tengo que decirle que es necesario que S. S. haga con la patria lo que la religión ha hecho con la mujer. ¿Qué ha hecho la religión con la mujer? La ha divinizado, la ha rodeado de luz, la ha encerrado en un manto de estrellas, la ha puesto por sandalias la luna, la ha coronado con ángeles; levanta sus templos en las orillas del mar para que sirva de guía

á los navegantes, levanta sus templos en los campos, para que bendiga las amapolas de Abril; la dirige en la letanía requiebros sin fin: dulce embeleso, alegría, esperanza, consuelo de los infortunados, lirio de la tarde, estrella de la mañana.

Pues eso debemos decir; patria, santa virgen y santa madre, que no haya quien pueda romper tu sacratísima unidad.

(De su rectificación el día 15 de Noviembre de 1881.)



LIII

CUANDO nosotros triunfábamos en las hirvientes aguas de Lepanto; cuando cada día se levantaban nuevos mundos entre las olas como las estrellas en el cielo para adornar el manto real de las Españas, entonces los grandes escritores se llamaban Cervantes y Calderón y los grandes pintores se llamaban Juan de Juanes, Pantoja, Velázquez y Murillo; que la grandeza es universal como es universal la decadencia.

Señores, hay que decirlo en honra de la grandeza de esta nación: cuando la decadencia artística lo recorría todo; cuando después del funesto saco de Roma se dispersaron los grandes pintores y entró la triste debilidad, fundándose aquellas dos escuelas sincréticas,

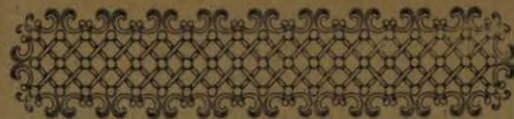
la escuela de Bolonia y la escuela de Nápoles, en las que buscándose una síntesis no se encontraba nada de original, ¿qué nación salvó al mundo de la decadencia? La nación española, sus grandes cuadros, los cuadros religiosos de Murillo, los cuadros históricos de Velázquez, los retratos de Pantoja; todos estos cuadros, que representan la realidad al mismo tiempo que el ideal.

Este es el carácter que ha conservado siempre la nación española; porque en el siglo XVIII, cuando todo decaía, nos pintaba Goya aquellos manolos y aquellos majos que muchas veces nos provocan á risa, que sin embargo tienen algo de naturalidad, á la vez que del idealismo de Velázquez, y que no nos pueden provocar la risa cuando pensamos que si aquellos manolos y aquellos majos iban á las ferias de Madrid y á San Antonio de la Florida á los juegos y á las verbenas, cuando era necesario sabían ir al Dos de Mayo y sabían hacer tragedias como las de Zaragoza y Gerona.

Hoy pasamos por verdadero renacimiento; la pintura ha llegado al más alto esplendor; nuestra patria y vosotros, al premiar un gran

pintor que, como todos los artistas, no granjea el juicio material, sino la estimación de un genio y de su gloria, prestaréis un servicio á la libertad y otro servicio á la patria.

(De un discurso pronunciado en el Parlamento el día 5 de Diciembre de 1881, sobre la compra del cuadro histórico de Casado.)



LIV

DEBEMOS gratitud, no solamente á los que han levantado el hogar de la patria sobre el territorio común de la nación, sino también á los seres superiores que llenan de ideas la conciencia y de inspiraciones la fantasía nacional. Mucho debemos á los héroes celtas ó iberos cuyos labios balbucearon la palabra independencia en los oídos de las tribus nacientes, y cuyas venas se abrieron para fecundar el suelo con sangre así que aparecieron sobre aquellos primeros conquistadores codiciosos de nuestras mujeres y de nuestros edenes; pero no debemos menos á los últimos poetas cuya guerrera trompa esparció el entusiasmo en los aires donde pasaban los empeños de Bailén ó los

holocaustos de Zaragoza; y á los oradores, cuya palabra, verbo divino de la libertad humana, encendió los grandes sentimientos necesarios á los combates y á los sacrificios de que surgiera con el fénix de las llamas, nuevamente creada y fortalecida y rehecha nuestra madre España. Gratitud al rumí que no desmayó en Guadalete y desde los riscos de Covadonga presintió el día de Granada; gratitud al héroe que, caballero sobre su alazán feudal, abrió con la espada en los anchos campos de Castilla el surco donde habían de brotar el Municipio y las Cortes; gratitud al cruzado que detuvo á los emires del desierto líbico en las cumbres de los montes andaluces; gratitud al navegante, creador de nuevas tierras en los mares y de nuevos astros en el cielo, como si hubiera de Dios recibido el depósito de la virtud divina de crear; gratitud á los soldados, á los mártires, á los santos del Calendario español; que con levadura de su sangre y de sus cenizas han amasado el patrio suelo; y gratitud mayor, si cabe, á quienes lo han embellecido con el esmalte de su pensamiento y lo han iluminado hasta convertirlo en sol radiante de ideas y consagrarlo

en los altares de la gloria sobre los cuales no reina la muerte; gratitud á quien levantó las góticas agujas de la catedral de Toledo en las orillas del Tajo; á quien, allá donde el Darro y el Genil confluyen, bordó en los patios árabes los alicatados de encaje; á quien esculpió sobre las piedras de nuestras montañas las guirnaldas y los ángeles del Renacimiento, pintó en las tablas de los buques los redentores y las vírgenes de nuestra hermosura; gratitud, sobre todo, á los pensadores, á los poetas, cuya mente nos ha dado esa patria espiritual, mayor que los espacios, pues en su grandeza ¡ah! se confunde y por su duración entra en la eternidad.

(De su obra titulada *Retratos históricos*, en el Centenario de Calderón.)

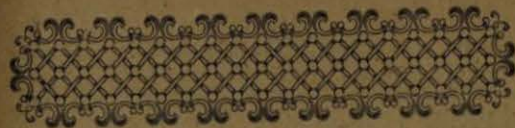


LV

AH, señores! Yo concluiré mi vida por donde la he comenzado. Cuando era joven enseñaba oralmente, de palabra en mi cátedra, el amor á la patria á hombres tan ilustres como el Sr. Moret, como el señor Gamazo, como el Sr. Duque de Veragua, como el Sr. Marqués de Sardoal. Que se levanten todos y que digan si, reunidos allí, no formábamos de nuestra España una especie de divinidad, y no nos prosternábamos todos los días en su presencia. Pero ya no puedo hacer esto oralmente, porque la oratoria es un arte de jóvenes y no es un arte de viejos; la oratoria necesita fuerzas que aun tengo, pero que se me acabarán muy pronto. Yo me dedicaré á escribir la Historia nacional, si vosotros dais la libertad con la democracia: y á medida que mi sangre se hiele, que

mis ojos se extingan, que mi voz se apague; aquel comercio con los héroes que han hecho de sus huesos este suelo, con los mártires que han de sus sacrificios henchido estos aires, con los pensadores y con los poetas que han puesto tantas ideas é inspiraciones en este cielo como estrellas y luz pusiera Dios, acaso me rejuvenezca, y me quede tiempo, no sólo para cantar aquella epopeya, en cuya virtud nuestra España, rota en Guadalete y refugiada en Covadonga, descendió de allí para engarzar los mares como esmeraldas en sus sandalias y los soles como diamantes en su corona, sino para cantar esta transformación en que las instituciones faraónicas se han hundido y ha llegado la libertad; y entonces, acabadas las envidias y los rencores, la nueva generación me dará un sepúlcro honrado y bendecido, y me pondrá en él de manera que pueda besar con mis labios fríos la tierra nacional, y pueda pedirle su grandeza para mi pequeñez, y para mi muerte el calor de su gloriosa inmortalidad.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento la noche del 7 de Febrero de 1838.)



LVI

SI una crisis grave nos impone medidas excepcionales, nosotros debemos aceptar esas medidas como se acepta la suspensión de garantías, el estado de sitio y de guerra. Pero quitároslo de la cabeza: todo conato de alterar las leyes universales del cambio dará por término el resultado que todo intento de alterar las leyes generales de la física. No se puede regir el mundo moderno de la electricidad, del vapor, de las Exposiciones Universales como se regía el mundo antiguo del aislamiento y de la conquista. Los principios económicos universales en ninguna parte se muestran tanto como en nuestra hermosa ciudad. Cuanto más estudiamos la industria catalana más nos con-